

BOLETIN OFICIAL

DEL

Obispado de Osma.

(Extraordinario.)

EL RVMO. PRELADO DIFUNTO

Con gusto hubieramos insertado en los números anteriores del BOLETÍN, detalles y noticias referentes á la defunción y funerales de nuestro amadísimo Prelado, **q. e. p. d.**, que con tanta ansiedad deseaban conocer el clero y fieles de esta atribulada diócesis; pero ni el estado de nuestro ánimo nos permitia otra cosa que llorar amargamente la orfandad en que nos dejaba sumidos la inopinada muerte de nuestro amorosísimo Padre y celoso Pastor, ni el tiempo de que podíamos disponer, podíamos emplearlo en otra cosa que en cumplir las primeras y más urgentes obligaciones.

No por eso creemos pasada la ocasión de reseñar en la colección de este BOLETÍN, las manifestaciones de duelo que se han hecho, describir de la manera que nos sea dado el dolor y llanto con que esta católica Villa salió á recibir el cadáver de su Obispo, y acompañó sus restos

hasta la sepultura en que yacen, rindiendo un cumplido tributo á sus virtudes y dando un testimonio elocuentísimo del amor y cariño con que ha sabido corresponder á las bondades de aquel corazón verdaderamente paternal.

Antecedentes.

Bien podíamos decir que no les había para nosotros que al igual que todos los diocesanos, quedamos sorprendidos con la infausta noticia que nos anunció el telégrafo. Sin embargo les había y de largo tiempo al parecer: aunque nunca creímos tuvieran tan rápido y triste desenlace; la traidora enfermedad que nos arrebató á nuestro amantísimo Prelado, databa acaso de algunos años, pero tuvo su recrudecimiento y se hizo más patente desde el pasado Septiembre, en que terminado el Congreso Mariano Internacional de Zaragoza, en el cual había tomado parte tan activa, presidiendo una de sus más importantes secciones, y cuando se dirigía á su país natal con objeto de pasar unos días con su familia, y visitar el Santuario de la Virgen de Valvanera de la que era tan devoto, se vió sorprendido por una afonía, que al principio se creyó efecto de un ligero enfriamiento.

Esto no fué obstáculo por el pronto para que en aquel viaje dirigiera su palabra de apóstol y predicara incesantemente, ex-parciendo ya por última vez la divina semilla en aquellas asociaciones en que tan copiosamente la había derramado siendo Magistral y Abad de la Colegiata de Logroño, en aquellos pueblos y en aquellos santuarios que tantas veces había visitado no solo con amor de hijo sino con el celo y caridad de Apóstol. Badarán, Logroño y Valvanera eran los que recibían los últimos ecos de aquella apagada voz, los últimos acentos del apostolado de su predicación, pues á su regreso á esta no ya solo no pudo ejercer más ese ministerio á que con tanto celo se había dedicado toda su vida, sino que se vió privado hasta del consuelo de concurrir á las funciones religiosas.

Los que conocían á nuestro bondadoso Prelado, su devoción acendrada y el gusto con que asistía á todas las funciones, á todos los actos de piedad á que tan dado era y en los cuales tanto gozo experimentaba su alma, podrán comprender fácilmente la pena que sentiría su corazón y la tristeza de su ánimo,

no pudiendo asistir á su Catedral ni aún en las más grandes solemnidades.

Sin embargo la enfermedad no parecía presentar caracteres alarmantes; pero hacíase tan pertinaz que los familiares del Prelado pensaron en la conveniencia de que se trasladase [á la Corte con objeto de consultar con las eminencias médicas y ver de conseguir más pronto el restablecimiento de su salud. Así se lo indicaban con reíteradas instancias y pudo por fin conseguirlo, aunque no sin alguna resistencia por parte del Sr. Obispo, su hermano D. Pío, Subgobernador del Banco de España, quien, aprovechando las vacaciones del Carnaval, vino á pasar unos días en su compañía. Pero ¡con qué pena salía su Excia. de su palacio! no parecía sino que un vago presentimiento de lo que había de ocurrir dominaba su alma inundándola de una tristeza no sentida en otras ocasiones; hasta en sus palabras parecía descubrirse un estudiado silencio de algo que sentía su corazón, como dejando adivinar su deseo de exhalar aquí su último suspiro rodeado de queridos familiares, de morir entre sus amados sacerdotes y sus queridos diocesanos.

La muerte.

Desconsolador fué el diagnóstico que después de un detenido reconocimiento hicieron los Doctores. El Rvmo. Prelado estaba herido de muerte y, aunque no veían el peligro inminente, aquella enfermedad para la cual no señalaba la ciencia médica remedio alguno con probabilidades de satisfactorio éxito, acabaría con tan preciosa vida. Quedaba como recurso un tratamiento aun no admitido definitivamente pero que ensayado en algunas ocasiones había logrado, sino combatir por completo la enfermedad, por lo menos aminorar sus destructores efectos y á él se apeló desde luego procurando ocultar al ilustre enfermo la gravedad de su dolencia y evitándole todo género de impresiones que, atendida la naturaleza de la enfermedad, tanto podían perjudicarle.

¿Se logró realmente ocultar todo esto á nuestro Excmo. Prelado? creemos que nó; pues desde su llegada á Madrid pareció caer en un profundo abatimiento que no lograban combatir ni el cariño de su familia ni las frases de aliento de los médicos.

El tratamiento, sin embargo, parecía que comenzaba á dar

resultado: la voz débil y apagada adquiría su timbre natural desaparecían los dolores y molestias que antes experimentaba y parecía iniciarse cierta mejoría que hacía concebir esperanzas: pero cuando llegabamos á abrigar confianza de verle pronto entre nosotros, el telégrafo vino á sepultar todas nuestras ilusiones trayéndonos la terrible noticia de su fallecimiento, noticia que nos dejó sumidos en un mar de amargura y profundo desconsuelo.

Con febril agitación leíamos el telégrama, sin podernos persuadir de la exactitud de la desgracia, sin acertar á darnos cuenta de lo que pasaba. Tan sorprendidos nos cogió la luctuosa noticia y tan sobrecogidos nos dejó al recibirla. Pero qué había ocurrido? cómo había sido? nada nos decía el telégrama, ni nos era posible averiguarlo. ¿Habría cogido tan de sorpresa á la familia que le rodeaba? Aunque la muerte siempre sorprende, mucho más en estos casos, y sorprendió en efecto á todos, sin embargo aquí como en otras muchas ocasiones el cariño llegó á presentir lo que la ciencia no podía anunciar y no obstante la mejoría iniciada, el estado de inquietud y de alarma no había desaparecido en la familia y aun aumentó el día que precedió al trágico suceso, en el cual los hermanos y sobrinos de nuestro Sr. Obispo pudieron observar ciertas señales que sin acertar á darse cuenta de ellas les hacía presentir algo, temer lo que en efecto sucedió.

Durante el día había hecho la vida ordinaria; había celebrado la Santa Misa con el fervor y recogimiento de siempre, había escrito, había rezado sus oraciones y aunque con algún trabajo recitó también el oficio divino y rezó el santo Rosario acostándose á la hora de costumbre. El sueño que le había molestado durante el día huía entonces de sus ojos, y su sobrino D. Antonio que, aunque acostado para no alarmarle, velaba hacía noches, pudo notar una inquietud y un desasosiego extraño que le aumentó la alarma en que vivía; le habló, le preguntó si le ocurría algo, y el Sr. Obispo procuró tranquilizarle, pero en vano, pues viendo que el desasosiego continuaba, contra las protestas de su Sr. tío, determinó vestirse y ponerse á su lado; cuando se aproximó al lecho del Sr. Obispo ya este no pudo responderle; respondió sin embargo á su hermano que acudía presuroso á aquella estancia, que en breve iba á ser morada de la muerte y le respondió para decirle, «estoy bien, no tengo

nada, estoy bien, y en efecto creemos que lo estaba pues en aquel momento, sin movimiento ninguno sin agonía siquiera, se dormía en los brazos de la muerte que le llevaba á los brazos de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen á recibir el galardón de sus virtudes, mientras los suyos quedábamos con el corazón partido de dolor. ¡Qué triste hubiera sido esta muerte para otros! qué dulce para nuestro Prelado que vivía siempre con el corazón puesto en el cielo y su espíritu fijo en Dios. El día de San José, día de su fiesta onomástica, del Santo de su nombre y de su gran devoción, se confesaba por última vez de sus faltas y á la hora de morir recibía la absolución que le dió su sobrino quien entre lágrimas y sollozos le aplicaba la indulgencia y le daba á besar el crucifijo de la buena muerte.

Así murió nuestro Prelado; así acabó sus días nuestro amantísimo Sr. Obispo; sin experimentar dolor alguno, sin sentir la más pequeña molestia, con la muerte dulce de los santos, para la que se había preparado, no á última hora sino todos los días de su vida. Dichosos aquellos de quienes se puede decir como de nuestro Obispo que su vida fué una continua preparación de su muerte!

Despues de su muerte

Si grande fué la sorpresa que recibimos nosotros no fué menor la que produjo en Madrid la noticia del fallecimiento del venerable Prelado; aunque los periódicos habian anunciado su llegada á la corte y el objeto de su viaje, nadie habia concedido esa importancia á su dolencia, asi que al enterarse por los periódicos de que habia fallecido, todos se vieron sorprendidos pareciéndoles imposible que aquella robustez y aquella exuberancia de vida que manifestaba en su aspecto hubieran tan pronto rendido tributo á la muerte. La noticia circuló sin embargo rápidamente y apenas enterados del triste suceso, comenzaron á desfilarse por casa de D. Pio García Escudero innumerables personas, para expresarle el dolor que les habia producido la desgracia que afligia á aquella familia; el Excelentísimo Sr. Nuncio de Su Santidad que ya durante su estancia en Madrid habia visitado á nuestro querido Sr Obispo, y que se habia enterado del curso de su enfermedad, se apresuró á manifestar el pésame á la familia, prometiendo asistir á la

conducción del cadáver si alguna ocupación precisa no se lo impedía; el Presidente del Senado acudió en persona á testificar su afecto al finado Sr. Obispo manifestando cuanto sentía no poder asistir á la conducción del cadáver por impedírselo las ocupaciones del Senado. Los Excelentísimos Señores Obispos de Madrid y Sion rezaron responsos ante el cadáver de S. E. y las mas altas personalidades del clero y de la política desfilaron por la casa mortuoria, cubriéndose de firmas las listas que se colocaron. Imposible citar personas, pues ní podríamos enumerar solo las mas distinguidas, por su elevada posición social y política, siendo muchísimas las que no solo acudieron á expresar su sentimiento sino á oír las misas que se celebraban en la Cámara mortuoria. Se había esta convertido en capilla ardiente cubriéndose toda ella con colgaduras de terciopelo negro. En el testero se levantaba sencillo altar, en donde sin interrupción se decían misas y cerca de él y encerrado en severa y elegante caja se hallaba el cadáver de nuestro llorado Padre, previamente embalsamado, revestido con los ornamentos pontificales y estrechando entre sus manos un hermoso crucifijo; su aspecto era natural, un ligero sonrosado coloreaba sus mejillas y más que muerto parecía entregado á dulce reposo: á su lado permanecieron durante todo el tiempo que estuvo en la capilla ardiente religiosas de la Santísima Trinidad y Siervas de Jesús resultando incapaz el resto de la capilla y habitaciones inmediatas para contener las innumerables personas que sin cesar acudían á oír misa por el ilustre finado.

Pero si muchas fueron las personas que acudieron á la casa á manifestar su sentido pésame, no fueron pocas las que acompañaron los restos de nuestro Prelado al ser conducidos á la Estación. Se verificó esta á las cuatro de la tarde; bajando en hombros el féretro los sobrinos del finado, hasta colocarle en el coche estufa que había de conducirle; el clero de la Concepción entonó los cantos de rúbrica y se puso en marcha el fúnebre cortejo.

Precedía dicho clero con cruz alzada y detras iba el coche fúnebre, llevando hachas encendidas las religiosas que habían velado el cadáver y los ugieres del Senado; seguía un coche de respeto y carroza de la real casa con lacayos.

Presidían el duelo los Excmos. y Rvmos. Sres. Obispos de

Madrid y de Sión, el Ministro de Gracia y Justicia, la comisión del Ilmo. Cabildo Catedral de Osma formada por los señores Cantolla y Santa Olalla y el Abad de la Colegiata de Soria, el Marqués de la Mina y D. Amós Salvador por el Senado y D. Pío García Escudero y D. Antonio Briones por la familia. En la comitiva constituida por algunos centenares de personas, iban los representantes en Cortes de esta Región y de la Rioja, Sres. Rodrigañez, Vizconde de Eza, Arias Miranda, Ayuso, Agero, Muñoz D. J., los Sres. Lucio Ortega y muchísimos otros cuyos nombres no podemos referir, pero no podemos menos de hacer notar que en medio de nuestro dolor, fué de gran consuelo para nosotros ver á los sacerdotes todos de la Diócesis, que residen en Madrid y otros que accidentalmente se hallaban en la corte, rendir tributo de veneración y respeto al amantísimo Prelado que acabábamos de perder; contribuyendo á dar realce á aquella manifestación de duelo que saliendo de la casa mortuoria, Villanueva 43, recorrió las calles más notables de Madrid bajando por el Salón del Prado hasta la estación del Mediodía en donde el Clero cantó y los Rvmos. Prelados rezaron responsos y el féretro era colocado en el vagón que le había de conducir á esta Capital de la Diócesis en cuya Catedral debía ser enterrado.

A las 7 y 40 se ponía en marcha el tren fúnebre en el cual venían acompañando el cadáver además de la Comisión del Ilmo. Cabildo antes citada y el Abad de la Colegiata, el hermano del Sr. Obispo, D. Pío, sus sobrinos D. Antonio García-Escudero y D. Antonio Briones, el párroco de Santiago de Logroño D. Hilario Loza y el Presbítero D. Antonio Bonifáz. En Sigüenza salieron á saludar á la familia y rezar responsos al paso del cadáver varios Capitulares y familiares del Sr. Obispo de aquella Diócesis incorporándose á la comitiva el Provisor Sr. Bea que traía la representación del Sr. Obispo y nos manifestaba el profundo sentimiento que el Prelado Seguntino había tenido al recibir la noticia y el dolor que sentía al no poder, por su falta de salud, acompañar al cadáver de su tan venerable y querido hermano. En Coscurita se unieron también varios sacerdotes de Soria que venían con objeto de asistir al entierro y funeral del Sr. Obispo.

En el Burgo.

Es imposible describir la impresión que produjo en esta Capital del Obispado la noticia tan infausta del fallecimiento de nuestro Prelado; circuló esta rápidamente por todos los ámbitos de la Villa y nadie sabía darse cuenta de lo que pasaba, ni acertaba á dar crédito á lo que oían hasta que resonó el lúgubre tañido de las campanas. La gente corrió presurosa al Palacio Episcopal á enterarse de lo sucedido y al mediodía habían ya acudido á dar su pésame casi todos los habitantes de la Villa; pero donde se veía la impresión que había producido y el dolor que había causado, era en las calles; todos hablaban del suceso, todos hablaban y se hacían lenguas del Obispo que acababan de perder, y de los labios de todos salían elogios de sus virtudes, de su reconocida bondad y prorrumpan en frases de dolor y cariño.

No es pues extraño que esta villa hiciera la manifestación de duelo que presenciamos á la llegada del cadáver; en la Estación de Osma esperaban el M. I. Sr. Provisor y familiares del Prelado, nutrida representación del M. I. Ayuntamiento, comisiones del Seminario, de los P. P. Carmelitas, Círculo Católico de Obreros, el Sr. Juez de 1.^a Instancia, los escribanos Sres. Moro y Gardeta, el Habilitado del Clero y otras distinguidas personalidades en cuyos semblantes se veía retratado el dolor que embargaba sus corazones.

Al bajar el feretro, se rezó un responso que fué religiosamente contestado por los circunstantes, y puesto sobre un coche convenientemente preparado se puso en marcha la comitiva; al coche fúnebre seguía de respeto el que había usado en vida el Il^{tre.} finado, tras aquel larga fila de la que figuraban todos los carruajes del Burgo ocupados por las comisiones y personas de la comitiva.

Durante el trayecto que media de la Estación al Burgo no cesó de encontrarse gente que con religioso silencio se unían al fúnebre cortejo rodeando el carruaje en que venía el cadáver; al llegar á la ciudad de Osma, el ecónomo revestido con capa pluvial entonó un solemne responso que oyó el pueblo todo vivamente conmovido y acompañando con sus plegarias al canto de la Iglesia, incorporándose después á la ya entonces grande multitud que acompañaba el cadáver. Pero cuando vimos una

verdadera explosión de dolor y llanto fué al llegar á esta villa del Burgo; el Ilmo. Cabildo Catedral había salido con cruz alzada á recibir los restos de su amantísimo Prelado á las afueras de la villa y allí se encontraban ya las autoridades y corporaciones en pleno de la localidad, el Seminario, la comunidad de P. P. Carmelitas, y la población entera, siendo imposible describir aquella manifestación de dolor, tan sencilla y espontánea con que recibía esta religiosa villa á su difunto Sr. Obispo. Las lágrimas surcaban muchas mejillas y hombres y mujeres, grandes y pequeños, todos se hallaban dominados de un mismo sentimiento, en todos se veía retratada la misma pena, pronunciando frases de gratitud que no podían menos de conmover á cuantos las escuchaban. Desde aquel momento se hizo imposible el acercarse al coche fúnebre, la multitud, apiñada en su alrededor, apenas si le dejaba caminar.

A la llegada á Palacio, la capilla de la Catedral entonó un solemnísimó responso y fué difícil conseguir que la multitud dejase paso al coche en que venía el cadáver; al bajar el fero, todos se disputan el honor de tomarle sobre sus hombros para subirle á la capilla de palacio en donde iba á ser expuesto, y sí permitieron que los seminaristas se unieran á ellos, no quisieron en modo alguno dejar de ofrecer aquel tributo de su amor á su amadísimo Pastor y padre.

Depositado y expuesto el cadáver en la Capilla Episcopal, se vió esta invadida por gran multitud de fieles que ansiaban contemplar el rostro de aquel bondadoso Sr. Obispo que tantas veces habían visto lleno de dulzura. Los Seminaristas renovándose de cuatro en cuatro, y las Hermanitas de los Ancianos Desamparados velaban el cadáver y no se apartaron de su lado hasta que fué conducido á su última morada; acompañábanles comisiones de las Conferencias de S. Vicente, del Roperó, de las Escuelas Dominicales é Hijas de María que querían con esto dar una prueba de gratitud hacia aquel padre amantísimo que había sido el fundador de unas, fomentador de otras y amparo y sostén de todas las asociaciones. Inmediatamente comenzaron á decirse Misas en tres altares preparados al efecto, que eran oidas con religiosa piedad por multitud de fieles.

Durante todo el día y gran parte de la noche no cesó de acudir gente á la Capilla, formando una procesión no interrumpida.

pida las innumerables personas que acudían á elevar sus oraciones por el Ilustre Prelado.

Ni fueron solo los fieles de esta Villa los que hicieron honor á las virtudes de nuestro Excmo. Sr. Obispo. Además de la Comisión del Cabildo Colegial de Soria, que la formaban el M. I. Sr. Abad y el Canónigo D. José Hidalgo, gran número de Párrocos y Sacerdotes de la Diócesis, representaciones del Colegio de Padres Agustinos de La Vid, de los Misioneros hijos del I. Corazón de María de Aranda de Duero y Pasionistas de Peñaranda vinieron á esta Villa, para rendirle el último tributo de admiración y de cariño.

Pero aun nos reservaba la divina Providencia indecible consuelo en medio de nuestros dolores. El Emmo. Sr. Cardenal Aguirre, Arzobispo de Burgos, á quien por respeto á su alta dignidad y por consideración al penoso largo viaje, no nos habíamos atrevido á rogar que asistiera, apenas tuvo noticia de la defunción, que le dimos por telégrafo, nos contestó que se ponía en camino como lo verificó, llegando el lunes por la noche, acompañado de su Auxiliar de Calahorra el Ilmo. señor Obispo de Melasso. Grandes pruebas de afecto había dado Su Eminencia Rvma. á nuestro Sr. Obispo durante su vida; pero la que con este motivo hemos presenciado, jamás se borrará de nuestro corazón; y el Ilmo. Cabildo y la Diócesis toda no pueden menos de guardar profunda gratitud hacia el insigne Purpurado por esta distinción que nos ha hecho, viniendo á unirse con nosotros en estos dias de dolor y de amargura.

Desde la madrugada del martes hasta la hora del sepelio no dejaron de decirse Misas en los tres altares, las cuales eran oídas con profundo recogimiento y fervor por una gran multitud de fieles, muchos de los cuales se acercaron á recibir la Sagrada Comunión. A las diez de la mañana se verificó la conducción del cadáver á la Catedral, presidiendo la procesión fúnebre el Emmo. Sr. Cardenal, revestido de ornamentos pontificales. En el duelo, con el hermano, sobrinos y familiares del Prelado, figuraban además de las comisiones y personas que dejamos enumeradas, el Ayuntamiento en pleno y las autoridades todas de la Villa, comisión de la Sucursal del Banco de España de Soria, todo el personal administrativo de La Rasa con su Director Gerente Sr. Rico Barrón de Valladolid, no pudiendo citarse personalidades de la Villa, pues asistió toda entera

que llenaba después las amplias naves de la Santa Iglesia Catedral.

Inmediatamente el Emmo. Sr. Cardenal comenzó la Misa y la Capilla de música interpretó de un modo magistral la solenne de *Requiem* de D. Hilarión Eslava.

Terminada la Misa el Ilmo. Sr. Obispo de Melasso subió á la Sagrada Cátedra pronunciando con admirable elocuencia la oración fúnebre del virtuoso Prelado que acabábamos de perder, y enjugando el llanto de los oyentes con la dulce y consoladora esperanza de que el Excmo. Sr. García Escudero continuaría velando por su amada grey desde el trono conquistado por sus virtudes en el cielo, nuestra verdadera patria y en donde se halla la verdadera vida.

Inmediatamente se cantaron los responsos de rúbrica y se procedió al sepelio, quedando sepultado el cadáver de nuestro Sr. Obispo en la capilla del Santo Rosario segun disposición testamentaria del mismo. Allí reposan los restos del que fué nuestro amadísimo Prelado, y este pueblo que en todos estos actos ha dado pruebas elocuentísimas del amor que le profesaba, allí continuará dándolas, orando sobre su tumba para que el Señor abrevie los días de purgación si aún le quedaba algo de que purificarse después de una vida tan santa, de virtud intachable como ha sido la de nuestro Obispo.

¿Funerales? imposible describir los que se han celebrado en esta villa; haciéndoles solemnísimos el Ilmo. Cabildo, los familiares del difunto, el Seminario y el Círculo Católico de Obreros; todos los cuales se vieron concurridísimos, ocupando el primer lugar el Muy Ilustre Ayuntamiento y demás autoridades que haciéndose intérpretes de los sentimientos de este pueblo figuraron siempre á la cabeza en las manifestaciones de duelo que se han hecho.

Con más sencillez pero no con menos devoción y piedad ofrecieron sus sufragios las Hijas de María y las Escuelas Dominicales de esta Villa, celebrando una Misa de comunión.

De las demás Iglesias y parroquias del Obispado nada podemos decir sino que en todas se han celebrado funerales y de todas recibimos iguales noticias de la solemnidad con que se celebran y religiosidad con que asisten los fieles, siendo unánime el sentimiento y dolor de toda la Diócesis. Así nos lo atestiguan las numerosísimas cartas que de todas partes nos escriben.

Para terminar debiéramos poner á continuación los telégramas y cartas de pésame que hemos recibido, habiéndoles mandado afectuosísimos para la familia, el Cabildo y la diócesis, S. A. R. la Infanta D.^a Isabel de Borbón, el Sr. Gobernador civil de la provincia y Ayuntamiento de Soria con otras innumerables corporaciones y personalidades; pero sería hacer interminable esta reseña ya demasiado larga y así nos hemos de contentar con exponer aquí nuestra profunda gratitud á cuantos nos han acompañado en nuestro dolor; á los venerables sacerdotes, al M. I. Ayuntamiento y autoridades de la Villa; á las corporaciones y asociaciones; á todos en fin cuantos han tomado parte en ese duelo que aflige á nuestra amada Diócesis.

A todos les damos las gracias más cumplidas y expresivas confiando que el Señor oirá benigno tantas oraciones como se han elevado al Cielo, tantos sufragios como se han ofrecido por nuestro celoso Pastor y amoroso Padre, el difunto Excelentísimo y Rvmo. Sr. Obispo, otorgándole el premio de sus virtudes; y confiamos que desde el Cielo él continuará bendiciendo esta grey á la que tanto amó durante su vida.

Descanse en paz nuestro amadísimo Prelado.

R. I. P. A.

